

Joaquín Fabrellas, *Metal*, Jaén, Editorial Maolí, colección En Babia, 2017, 106 págs.

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.8.2017.XXXVII-XXXIX>

Metal es una sólida reflexión en torno al lenguaje, a la palabra poética y a todas sus contradicciones. Joaquín Fabrellas quiere tocar aquella parte de la palabra que no se desvanece, que no es etérea, que no trasciende y que busca «su más íntima esencia» (p. 62), para sobrevivir a «[...] la destrucción / interminable de mi fracaso.» (p. 49), pues —como poeta, otros dirían en tiempos de la pospoesía— siente sus continuas contradicciones, las paradojas, las tautologías y las aporías, en muchas ocasiones de manera dinámica y dialéctica, agitándose a su alrededor, confundiéndonos, en continuo movimiento: «A la nada por la nada, / al vacío por el silencio, / a lo escrito por lo callado, / a lo dicho por el acto» (p. 48), cuando «Dentro solo estaba fuera» y «fuera era todo dentro» (p. 49). No son trabalenguas ni juegos de palabras vacuos, sino los callejones sin salida a los que se enfrenta el lenguaje cuando se halla en el límite. En ese límite de la realidad.

Joaquín Fabrellas apuesta, por tanto, por una poética del límite y una palabra que entona el canto de la insumisión, la lucha por salir adelante a pesar de la dureza y la hostilidad, la nada que siempre nos rodea, el silencio que siempre acecha. Pero, ojo, el silencio no es nunca primer motor, el silencio solo engendra silencio, y el mundo o la vida «no lleva a ninguna parte» (p. 51) que no sea adonde nosotros queramos llevarla. Y se podría resumir con estos versos que nos recuerdan a las excentricidades de Nerón cantando con su lira mientras Roma arde: «hacía reír a un grupo de perros / aplaudiendo mientras ardía el mundo» (ibíd.). Fabrellas, como bien apunta Juan M. Molina Damiani en su prólogo, no se casa con nadie y mantiene una poética independiente en su búsqueda incesante de la palabra, en la consecución de una voz que se va transformando a medida que se nombra, que se hace, de signo proteico. Y por eso denuncia al poder desde su postura crítica, desde sus versos desobedientes. No hace falta alardear, como en el caso de Fabrellas, para notar y sentir su nítido metal que suena en su poesía. Ese timbre personal tiene mucho que ver con el automatismo que «asienta su palabra dentro de la tradición irracional que cuestiona los discursos del poder desde el del alucinado o el del loco» (p. 15), sigue Molina Damiani, quien realiza una exacta lectura por las calas más significativas de un poemario donde se intenta romper con algunos conceptos como «Representación» (p. 37), abordando las sucesivas máscaras del lenguaje, que son las máscaras del sujeto poliédrico

que enuncia. Véase también el doble fantasmagórico en «*Doppelgänger*»: «En la fluorescencia intermitente / no vi mi rostro reflejado, / tan solo al desconocido / que se acercaba en / cada pálpito, / y me asustaba / su metódico parecido / a mi peor yo» (p. 54), que luego tendrá una réplica en «*Duplicidad*» (p. 84). O «*Discurso*» (p. 34), que forma parte de la corriente de pensamiento por la que «el verso sustituye al silencio / que suple a la palabra» (ibíd.). O «*Partitura*» (p. 35), que nos plantea una visión rítmica, moderna en el mejor sentido, de la poesía: «La música fue todo aquello / que se quedó sin lenguaje: por eso es lo único que de verdad existe, / por eso es lo único que no contiene errores» (ibíd.), y que nos recuerda a la tradición finisecular del «*Ama tu ritmo y ritma tus acciones*», de Rubén Darío por un lado, y por otro a «*La vida sin música sería un error*», la famosa frase de Nietzsche, uno de los tres maestros de la sospecha, como bien se sabe. Cuenta Rüdiger Safranski, su biógrafo, que desde los 32 años hasta su muerte Nietzsche vivió prácticamente solo, acompañado de su piano y la música que amaba, de ahí la famosa frase. Su final en la alienación mental envolvió su obra en una contradicción convicción: había penetrado tan profundamente en el misterio del ser que perdió por ello el entendimiento. No sé si los lectores de Joaquín Fabrellas llegaremos a perder el entendimiento después de leer este *Metal*, pero sí que hay mucho de agitación y perplejidad, porque sabemos lo que es lo real, pero ¿quién sabe lo que es la realidad? El poeta lo enuncia así en el poema homónimo, «*Realidad*»: «la realidad solo existe cuando no la mira nadie», aludiendo a nuestro imaginario colectivo, a nuestra fantasía individual, a nuestras proyecciones y, sobre todo, a la distancia entre lo que pensamos y lo que decimos, la distancia entre lo que decimos y lo que escribimos. La distancia, al fin, entre lo que escribimos y lo que callamos. Apuesta por el lenguaje, sí, pero también con reservas. O «*Teoría*», donde se nos resume todo lo expuesto al asegurarnos que «No me interesa la palabra ni su significado [...] No me interesa la poesía que nombra / sino el poema que es.» (p. 57).

Aludía a Nietzsche y a la sospecha, porque de eso trata de un modo u otro *Metal*, un poemario que plantea muchas dudas, muchas indecisiones e incertidumbres. Ya no hay sentimentalidad ni caminos transitados, porque «El corazón es solo una víscera» (p. 42), y el poeta evita cerebralmente los tópicos, la consabida poesía de la experiencia, y la manida historia narrada que luego debe ser interpretada por el lector. Hay algo mucho más profundo en la poesía de Joaquín Fabrellas. La escritura nos crea, el poeta debe escarbar y desentrañar en su interior las palabras, en el balbuceo de la creación, en la selección y en la composición, sin saber «quién escribe a quién» (p. 31), si el poeta al poema o si el poema al poeta. Contradicción, una vez más, y misterio

sospechoso, que sin embargo no se cuestiona en ningún momento que «La música nació para organizar el vacío. / La poesía es el primer idioma» (p. 23), aunque asimismo «El hombre se debate entre palabras» (p. 47), ya que nuestro autor construye —cómo no— su lenguaje en tanto que personaje, como en «Mensaje»: «La transparencia es el triunfo oscuro, / de lo profundo asciende / sin palabras, / olvidado el antiguo discurso / surge a los ojos y crea la luz / no nuestra, / prestada de los astros invisibles; / reverberan en lo profundo externo / que es lo profundo íntimo de mi lenguaje.» (p. 44). Versos excelentes y bellos que no consuelan ni al propio poeta, imbuido por la insatisfacción del creador, y hermosos poemas como destellos en la noche, luces que nos iluminan, manantial del que bebemos. El poeta escribe heideggerianamente «una y muchas veces el mismo poema» (p. 31), pero «cada poema es un tachón del anterior, / cada texto es bajar más en el abismo» (ibíd.). Dice a propósito en otro momento: «las palabras se ahogan en su orilla / viven su muerte / en la confusión. / Así que la poesía / era una aproximación a la nada, / porque trascender la realidad / con palabras, / es explicar lo infinito con números» (p. 59). Creo que con estos versos también puede resumirse buena parte de lo que nos ofrece *Metal*, la importancia de mirar la realidad desde una perspectiva concreta, ya que en el momento en que nos desposeemos de una mirada, de un referente, la realidad se convierte en un vacío de números y leyes, que diría Lorca en su poema célebre «La aurora». Por dos razones, y ya concluyo: porque la realidad es mucho más compleja de lo que se nos dice, y no siempre dos y dos son cuatro, y porque no existe la trascendencia, que es un concepto trasnochado y amalgamado de pseudofilosofías fenomenológicas, un batiburrillo de espiritualismo que ha devenido en folklore irrisorio, y sólo la respuesta del poeta nos satisface, lejos de cualquier vínculo sagrado. He aquí el timbre nítido de este *Metal*, y eso es inconfundible. Gracias a Joaquín Fabrellas por este bello libro, por su poesía incansable.

JUAN CARLOS ABRIL
Universidad de Granada
juancarlosabril@yahoo.com